LAS EXPERIENCIAS DE UN TRADUCTOR DE LENGUA ALBANESA. LA TRADUCCIÓN COMO VÍNCULO ENTRE MUNDOS

RAMÓN SÁNCHEZ LIZARRALDE

Premio Nacional de Traducción

Debo agradecer, antes que nada, a Miguel Ángel Vega y al Instituto que dirige, la amabilidad que han mostrado conmigo al invitarme a tomar parte en estos Encuentros. Como miembro del colectivo de los traductores literarios, debo congratularme de que se ofrezca participación activa a quienes ejercen esta profesión en las actividades relacionadas con su docencia, aunque dicha participación sea todavía de carácter meramente testimonial. Espero que en el futuro se encuentren las vías y los medios para que los profesionales de la traducción puedan transmitir con mayor frecuencia sus experiencias en el ejercicio de nuestra disciplina, en beneficio ante todo de quienes tratan de aprender los fundamentos de ella en las aulas, pero también del progreso general de la materia en sí misma... No estoy ya tan seguro, sin embargo, a la vista del extenso y especializado programa, de que en esta reunión de lingüistas, filólogos y profesores, pueda yo encontrar un lenguaje adecuado para transmitir convincentemente algunas de mis experiencias en la práctica profesional de la traducción literaria. Siempre he experimentado una suerte de perplejidad frente al peculiar ambiente y terminología del mundo académico, y me produce cierta sensación de regocijante extrañeza el hecho de que, por haber obtenido un premio más o menos prestigioso, se me abran las puertas de tan imponente universo.

Buena sea, en cualquier caso, la experiencia para ambas partes. Comenzaré por hacerles saber que me cuento entre los trabajadores solitarios y no menos esforzados —así nos lo parece al menos a nosotros— que se enfrentan a diario con una lengua de las llamadas minoritarias. Mi lengua de partida es el albanés, un idioma que hablan unos siete millones de personas en Europa y cuyo primer vestigio conocido en lengua escrita data del siglo XIV, aunque las vicisitudes históricas de esa región de nuestro continente sitúen los comienzos de la literatura albanesa propiamente dicha en la centuria pasada. Que yo sepa, sólo otra persona además de mí practica en España la traducción de esa lengua y son escasos sus conocedores, ninguno que yo sepa en el mundo universitario, hecho este que me impone ciertas condiciones en cuanto al contenido y la forma de esta intervención.

Antes de continuar adelante en este intento de aproximación a esa literatura todavía exótica entre nosotros, debo anticiparme a un interrogante que, según mi experiencia, habrán comenzado a hacerse la mayor parte de los asistentes, cuya

Centro Virtual Cervantes

respuesta, por otra parte, habrá de serme útil para el desarrollo de mi argumentación, además de resultarme divertida: ¿Cómo es que conozco tan extraña lengua? Pues sencillamente porque, en cierto momento de mi vida, mi adscripción política me llevó a aquellas orillas bañadas por el Adriático y el Jónico, donde permanecí durante algo más de cuatro años. Ni remota idea tenía yo entonces, aunque el propósito fue desarrollándose en el curso de mi estancia, de que un día vendría a constituirme, por encima de consideraciones políticas, en el principal valedor —por inexistencia de otros, por afición propia, por apego a las gentes que allá conocí— de la literatura y la cultura del pueblo que me dio hospitalidad en tan peculiares circunstancias...

Y digo peculiares porque las razones de mi estancia y el contenido de las actividades a que me dediqué en el curso de ella, pudieran ser considerados para un observador no informado en cierta contradicción con las relaciones que he acabado sosteniendo con la sociedad y la cultura albanesas. Mi cometido consistía esencialmente, durante aquellos años, en redactar primero en español y traducir después, a medida que fui adquiriendo el conocimiento suficiente de la difícil lengua albanesa, distintos textos más o menos oficiales, la mayoría de carácter político, entre ellos las casi infinitas obras del prolífico déspota medio ilustrado que fue Enver Hoxha. Debo decir en honor a la verdad que las pretensiones literarias —entre otras muchas— del megalómano personaje contribuyeron no poco a que mi trabajo resultara provechoso en un sentido por completo diverso del que se pretendía: tanto yo como el resto de los nacionales y extranjeros que trabajábamos en la sección de lenguas extranjeras de aquella editorial hubimos de aplicarnos con ahínco en el aprendizaje de nuestro oficio, con el fin de poder afinar lo suficiente en unas traducciones consideradas de gran importancia y que, además, sufrían severos —aunque a veces ignorantes— controles y revisiones. Claro que, en ocasiones, la experimentación constituía una tortura, especialmente para mis amigos albaneses, quienes, a causa de una verdadera o ficticia barrabasada en el traslado lingüístico, podían ver manchado su historial o puestas en duda sus intenciones... Aunque los peores ratos hubimos de pasarlos cuando, en el curso de la traducción de algún libro del eximio primer secretario cuyo original albanés no había sido aún dado a la imprenta, en función de los avatares de la coyuntura política o de los guiños internacionales de régimen, el todopoderoso autor —más bien, creo yo, sus secretarios y escribanos— nos cambiaban casi a diario el texto del manuscrito, que debíamos entregar al final de la jornada para que fuera puesto a buen recaudo en una caja fuerte... O cuando se nos daban instrucciones para que, pese a lo que dijera en realidad el texto de partida, manipuláramos, con ignotos propósitos dogmáticos, su traducción a las lenguas extranjeras —quítame este determinado aquí, suaviza esta expresión malsonante acá, trata de adaptar aquellos conceptos a la terminología marxista... u «occidental».

El caso es, dejando a un lado los misteriosos abismos del interés de Estado, que poco a poco, merced a una vieja afición por la lengua y cierto afán de perfeccionamiento, fui sumergiéndome en las exigencias y placeres de la traducción. Bien entendido que, lógicamente, fue el contacto con aquellas gentes, la lectura de la literatura albanesa, el conocimiento gradual de la cultura de ese pueblo, lo que fue despertando en mí el proyecto, en un primer momento vago, más tarde plenamente arraigado, de intentar la difusión en mi propia lengua y en mi país de las obras más sobresalientes de ese mundo literario.

Centro Virtual Cervantes

Pero esto sucedería después de mi salida de Albania. Entretanto, merced a las amistades que fui estableciendo con poetas, escritores y otras gentes del peculiar cotarro literario albanés, —no sin cierto recelo de parte de mis anfitriones del partido en el poder— se me ofreció la posibilidad de contribuir a poner a disposición de un público ávido de literatura extranjera muestras de la obra de poetas españoles o sudamericanos hasta entonces desconocidos por aquellas tierras, de sugerir traducciones de novelas importantes, la compra de películas para el cine y la televisión, la transmisión por la emisora de radio albanesa de canciones y música españolas. Llegué incluso a atreverme —entonces mis conocimientos en la materia eran todavía más superficiales que en el presente— a escribir algunos artículos y reseñas literarias en las revistas especializadas o de divulgación... Acabé haciéndome relativamente popular en ciertos medios, y al cabo de algún tiempo empecé a percibir que, cualesquiera que hubieran sido mis intenciones al llegar allí, y pese a que no pocos factores se confabulaban en contra, estaba en trance de convertirme, junto con mi compañera que se encontraba en parecida situación, en una suerte de puente cultural entre dos mundos que, en época moderna, habían sostenido escasas relaciones. Debo advertir al llegar a este punto que, si bien la tradición traductora del albanés al español era prácticamente inexistente —circunscrita a los textos propagandísticos y hagiográficos—, en el sentido contrario poseía ya un bagaje nada despreciable. Como curiosidad diré que el primer texto español traducido al albanés del que se tiene noticia, en el siglo XVI, fue el catecismo de Ledesma, a cargo de un religioso, Lekë Matrenga, que había estudiado en un seminario alicantino. Más interesante para nosotros es la traducción de *El Quijote*, cuya primera parte, publicada en 1933, se debe al poeta, músico, obispo ortodoxo, agitador democrático y presidente Fan S. Noli. También se han traducido a la lengua albanesa varias novelas de Blasco Ibáñez, casi todo García Márquez, Cortázar, el teatro y la poesía de García Lorca, Machado, Juan Ramón Jiménez, Hernández, algunos textos de Unamuno, Bergamín, Aleixandre... Yo mismo tuve la oportunidad de participar en la selección inicial de poemas para una antología de la poesía española del siglo XX que sólo lograría ver la luz años después de mi partida y en la que colaboraría más eficazmente otro compañero que me sucedió en tales menesteres, Jesús Hernández. En Albania, como país pequeño, de lengua extraña y encrucijada de influencias, el aprendizaje de lenguas extranjeras es fenómeno de gran amplitud y fuerte tradición, y a la traducción literaria se han dedicado y se dedican toda suerte de personajes. No creo que en ello tenga influencia el hecho de que nuestro patrón Jerónimo Eusebio fuera oriundo de aquellas tierras, pero el caso es que los albaneses gustan de reivindicarlo como propio, y con ello no hacen sino subrayar su afición traductora...

En cuanto a mí, fue luego, ya de regreso en España, cuando llegó la hora del peregrinaje por las editoriales, la publicación de poemas sueltos en revistas y boletines, las charlas en los más diversos centros y medios acerca de aquel universo tan pequeño y atractivo... hasta dar, por fin, con los editores que acabaron interesándose por un autor, Ismail Kadare, en torno a cuya obra he realizado la mayor parte de mi labor de traducción y por la que ¡quien había de imaginarlo! un generoso jurado acabó concediéndome el pasado año el Premio Nacional de Traducción.

Dos reflexiones se me ocurre someterles a propósito de esta experiencia que les he relatado someramente. La primera consiste en lo paradójico —y a la vez maravi-

Centro Virtual Cervantes

lloso— de los caminos para el trasvase de información entre mundo lingüísticos y culturales diversos: Había de aparecer un militante comunista español destituido de sus funciones que, provisto tanto de suficiente espíritu viajero como de no menos sobrada ingenuidad, cruzara ese pedazo de Europa que nos separa de aquella costa, para que se iniciara un tráfico cultural entre dos lenguas que se ignoraban, intercambio que, si bien no pasa de ser mínimo aún, tal vez consiga a partir de aquí consolidarse y ensancharse. Puede que les parezca a ustedes un poco exagerado mi entusiasmo, desde luego no pretendo adjudicarme ninguna hazaña, pero créanme si les digo que cuando, en ciertas ocasiones, pienso en ello, me sorprendo ante el hecho de que a estas alturas del siglo XX todavía quedaran por vivir aventuras de este porte y yo haya tenido la oportunidad de experimentarlo. Aunque, en resumidas cuentas, así debió de ser no pocas veces en los comienzos: ¡cuántos aventureros, soldados, osados comerciantes, prisioneros de guerra, bachilleres vagabundos, piratas, monjes trotamundos o simples emigrantes económicos habrán establecido los primeros vínculos entre su lengua y la de quienes les acogieron, secuestraron, sufrieron o explotaron...! Y es que el intercambio cultural no es siempre, ni mucho menos, fruto de los convenios entre estados, sino de la resultante de un movimiento formalmente caótico producto del afán de los seres humanos por ampliar la esfera de lo conocido... Por lo demás, estoy firmemente persuadido —por eso, entre otras razones, continúo ejerciendo el oficio— de que, por ínfima que a algunos pueda parecerles su importancia, el trasvase, la comunicación entre mundos es uno de los ejercicios más apasionantes, gratificantes y enriquecedores que pueda concebirse. Y no únicamente para quien lo practica. Traducir es hacer inteligibles las diferencias, descubrir la riqueza de la diversidad, contrarrestar la tendencia al provincianismo autosatisfecho de que tienden a enfermar —paradójicamente en el siglo de las comunicaciones— nuestras contradictorias sociedades. En un mundo donde la diferencia encuentra todavía utilidad como muro de separación, argumento para el odio o arma agresiva, cada acto de traducción representa un esfuerzo de lucidez, un paso, por corto que sea, en la disipación de ese malentendido que tiende a igualar lo diferente con lo sospechoso y, al cabo, con lo enemigo.

Todo ello tiene superior vigencia cuando nos referimos a casos como el que me atañe en que está prácticamente todo por hacer. Con frecuencia comento con algunos de mis colegas la extrañeza que me produce a veces asistir a reflexiones acerca de la traducción que, por lo general, se refieren a los contactos entre lenguas que conviven, e incluso se han gestado y desarrollado, en un universo cultural relativamente homogéneo desde hace un milenio. Las vías de comunicación entre ellas constituyen una verdadera e intrincada red de autopistas constantemente transitadas en las que, al cabo del tiempo, cada puente, curva, cuesta o mojón resulta ya familiar para los viajeros y ha sido catalogado y mensurado hasta los más mínimos detalles por los especialistas. Tratados, diccionarios, enciclopedias, estudios comparativos, infinitas monografías, usos comunes, intercambios léxicos y conceptuales, miles de obras literarias que han viajado en ambas direcciones... sitúan el ejercicio de la traducción en un nivel que yo sólo reconozco parcialmente cuando lo comparo con el que practico... Espero que no interpreten que con todo esto pretendo hacerme el presuntuoso por lo exótico de mi trabajo. Me basta con tratar de imaginar los obstáculos a que deben hacer frente los colegas que traducen, por ejemplo, del chino, para hacerme cargo de que, como en el caso del famoso sabio, basta con

Centro Virtual Cervantes

echar la vista atrás para hallar a otro más pobre y atribulado que yo...

Pero, ya que he llegado hasta aquí y ustedes todavía me escuchan, trataré de empezar a concretar y lo haré por un dato bien significativo: Hasta el presente no existe clase alguna de diccionario albanés-español ni español-albanés. Cuento, verdadera tabla de salvación por endeble y estrecha que me resulte, con uno albanés-francés de mediana calidad y otro, bastante peor, albanés-inglés. Otros de comunicación con el alemán o el italiano me son de menos utilidad. Aunque mi trabajo se funda, por encima de todo, en el *Diccionario de la lengua albanesa* que, con unas 41.000 entradas, publicó la Academia Albanesa de Ciencias en 1980, y, naturalmente, en los de español donde trato de encontrar los equivalentes necesarios. Aún así, debo advertir que, por ejemplo, en mi reciente trabajo con una antología de cuentos populares que saldrá pronto a la luz, me encontré con varios cientos de palabras de uso popular que no figuraban en dicho diccionario albanés y que hube de esclarecer mediante los más peregrinos y, a veces, arduos procedimientos. De donde mi actividad traductora sería, por emplear un símil circense de mi preferencia, algo así como trabajar sin red: cada solución concreta, cada intercambio léxico se produce para mí en un estado bastante cercano a la práctica del funambulismo. Es verdad que prácticamente nadie, al menos en mi país, podrá contradecir durante bastante tiempo mis decisiones, pero ello no impide que, por poco responsablemente que asuma lo que hago, deba transitar entre los dos textos con la misma precaución que si caminara por el estrecho y vago sendero que atraviesa sinuosamente un pantano. Por supuesto, con los años de ejercicio, he ido adoptando soluciones y equivalencias de cierta solidez, mas, pese a todo, cada vez que me interno en un nuevo texto, tengo invariablemente la sensación de estar tendiendo el asedio a una fortaleza no sólo distinta de las anteriores, sino construida además con otros materiales... A propósito, me atrevo a explotar la ocasión presente para publicar un anuncio en busca de mecenas: tal vez exista en ignoto lugar algún organismo, editorial o arriesgado promotor que considere atractivo el proyecto de financiar la elaboración del primer diccionario albanés-español... Me declaro a su entera disposición...

Llegado a este punto, si me lo permiten, debo hacer alusión a algunas de las características de la lengua albanesa y su literatura, pues, como supongo que no habrá entre ustedes demasiados conocedores de ellas, de algún modo habré de hacer inteligible mi discurso. Como es bien sabido, el albanés es una lengua de raíz indoeuropea, aunque de tronco único, que no mantiene relaciones de filiación con ninguna de sus compañeras. En cuanto a sus orígenes e historia, aún pertenecen en buena parte al territorio de lo ignoto: Si bien es verdad que casi todo hace pensar en una descendencia directa de alguna de las lenguas ilirias, esta probable hipótesis no ha sido probada fehacientemente a falta de testimonios escritos de suficiente antigüedad y dada la complejidad del mapa balcánico en lo que a vestigios en la toponimia se refiere; y aún hay lingüistas que se inclinan a declararla heredera más o menos directa del tracio o vincularla con otros complicados procesos de fusión. Comoquiera que sea, lo cual no hace sino incrementar la perplejidad de quienes la investigan, esta lengua desarrollada en la franja costera occidental de los Balcanes mantiene sorprendentes relaciones de proximidad, incluso léxicas, con algunas lenguas bálticas, con el arameo antiguo y otras situadas geográficamente en la actualidad sobre territorios bastante alejados, además, por supuesto, de sus vínculos

con las lenguas vecinas. Sus manifiestas proximidades con el rúmano son interpretadas de diferente modo según la escuela de que se trate y no contribuyen a la dilucidación del enigma, aunque sí a la reconstrucción de la historia de algunas de sus estructuras. Se trata, en todo caso, de una lengua con una larguísima protohistoria: ya dije que su primer testimonio escrito conocido data de 1462, aunque en razón de la madurez de los textos encontrados, se supone la existencia de precedentes de fecha bastante más antigua.

El albanés, pues, resistió a la romanización, extraño caso también, si se recuerda que aquel territorio fue cuna de no pocos emperadores, generales y notables romanos y que algunas de las ciudades de sus costas alcanzaron no escasa importancia y dimensiones como centros del Imperio. Pero ya se sabe: con frecuencia, la lengua culta de una sociedad no coincide con la que habla el pueblo. Por lo demás, según he podido saber, existió alguna clase de dialecto ilirio-romano desarrollado en la zona costera urbana, cuyo último vestigio desapareció, al parecer, hacia finales del siglo XIX en la isla de Velio... En cuanto a su clasificación como lengua indoeuropea, la albanesa pertenece, en orden a la forma de flexión de las tectales o guturales, al grupo de las denominadas *satem*, si bien de manera parcial por cuanto en su caso el fenómeno posee características específicas, y se la agrupa, pese también a ciertos elementos diferenciadores, entre las balcánicas. Se trata por otra parte de una lengua sintético-analítica, que ha conservado un sistema prácticamente completo de declinación con cinco casos, distinto para el masculino y el femenino —el neutro ha desaparecido—, y ha desarrollado desde época no muy lejana una diferenciación entre el determinado y el indeterminado que hoy está consolidada. Posee un buen catálogo de preposiciones y conjunciones y la disposición de los elementos de la oración goza de relativa libertad. Elementos todos ellos que, por lo que se refiere al ejercicio de la traducción, no añaden mayores dificultades específicas a las que ofrecen otras lenguas mejor conocidas y más transitadas. Donde sí encuentra el traductor no pocos obstáculos, en particular cuando está trabajando con poesía o con un texto en el que el ritmo y la musicalidad tienen cierta importancia, es frente al peculiar genitivo y más aún entre la complicada red de formas pronominales, desarrolladas y abreviadas, que si bien adjudican una extrema precisión a los vínculos entre las distintas partes de la oración en albanés, originan verdaderos quebraderos de cabeza a la hora de encontrar soluciones de parecida sencillez una vez vertidas al castellano, que en ocasiones requiere una frase de doble longitud, o más, a la utilizada en albanés.

Otra particularidad específica de la lengua albanesa que no cesa de crear dificultades de traducción, se deriva de los dos modos verbales adicionales, con respecto al español, que posee: Se trata del modo admirativo, con presente, pasado perfecto, imperfecto y pluscuamperfecto, y del optativo o desiderativo, con presente y pasado perfecto. Ambos son modos inexistentes en las lenguas indoeuropeas modernas, aunque no en algunas de las antiguas ya extinguidas, y presentan no pocos escollos a la hora de trasladar al español todos los matices que contienen. En cuanto al segundo, utilizado sobre todo para expresar bendición o maldición, nuestro subjuntivo puede resolver el problema, no sin que se queden en el camino de tránsito ciertas intensidades y sutilezas, lo que obliga, cuando su uso está particularmente subrayado, a recurrir a una completa transformación de la frase. Más vidrioso se presenta el problema del admirativo que, en cuatro tiempos, expresa asombro, irrita-

ción, rechazo o ironía, ¡incorporados a la acción presente o pretérita manifestada por cualquier verbo! Y si, en cuanto al asombro, siempre hay modo suficiente de encontrar solución equivalente en español, por lo que se refiere al resto de los contenidos, particularmente a la ironía o el rechazo —que en nuestro idioma hablado se expresan con frecuencia simplemente mediante el tono—, reconozco que aún no he conseguido dar con fórmulas de aplicación general, de modo que he de improvisar en cada caso concreto. Téngase en cuenta, además, que en la literatura albanesa contemporánea, que refiere por primera vez la vida urbana, no pocas veces se recurre al uso de formas de expresión más o menos universales de procedencia occidental, en mitad de las cuales contrastan las construidas mediante estos modos verbales, subrayando una diferencia de procedencia, educación o sector social.

Después de esta breve pero ardua —al menos para mí, que no soy filólogo— incursión en el terreno de la estructura, intentaré a continuación referir algunas de las particularidades y dificultades que he ido encontrando en el abordaje del léxico albanés, las cuales, según yo creo, vienen originadas por las múltiples y peculiares influencias de otras lenguas vecinas o invasoras y por la particular y tardía evolución de la literatura albanesa.

Creo no equivocarme al afirmar que la albanesa, *shqipe* según sus propios hablantes, es la única lengua, al menos en Europa, que a lo largo de su historia ha sido escrita en cuatro alfabetos diferentes. En distintas zonas y períodos, dependiendo de que el invasor o potencia dominante resultara eslavo, griego, turco o latino, sus alfabetos correspondientes fueron impuestos en el país, al tiempo que su dogma religioso. Y ello en un territorio donde la primera imprenta entró en funcionamiento en 1493 (Nota precisa). Claro que eso no fue sino un intento de comenzar bien: Vendrían a continuación, sobre todo con la larga ocupación otomana, siglos de analfabetismo y ausencia de literatura escrita, que no fuera la practicada por ciertas órdenes religiosas. Los albaneses cultos, en todo caso, y particularmente los de la zona septentrional, más vinculada a Italia y al catolicismo, siempre se consideraron parte integrante de Occidente, al que repetidamente trataron de regresar pese al fuerte influjo que la Línea de Teodosio dejó para siempre en los destinos históricos de los albaneses, con lo que, cuando en el siglo XIX se produce el llamado Renacimiento y se realizan los primeros esfuerzos para la unificación y normalización del albanés, pese a su formación turca, la mayor parte de los intelectuales opta por la solución latina. El fenómeno de los alfabetos puede ofrecer una idea aproximada sobre la intensidad de la penetración léxica de ciertas lenguas, muy especialmente el turco, pero también el eslavo y el griego, que han dejado también sufijos, prefijos, construcciones verbales y otras huellas. El caso es que, en la actualidad, en un texto literario resulta posible encontrar distintas palabras o modos de expresión para nombrar ciertos objetos o conceptos, las cuales, dependiendo de su origen turco, eslavo, románico o albanés, introducen marcados y bien diferenciados matices culturales, étnico-religiosos y hasta políticos. Se ha producido, por tanto, una cierta estratificación del vocabulario, de modo que no sólo ciertas palabras deben ser utilizadas únicamente en contextos precisos, sino que resulta perfectamente reconocible su procedencia y la carga que ésta les adjudica en el texto. No creo que resulte necesario entrar en más detalles para dar una idea de los problemas que todo ello plantea ante el traductor. Para resolverlos, yo he intentado, algunas veces, escoger el término español de que se trate según su propia etimología, introduciendo, cuan-

do es posible, el de origen árabe para su equivalente turco en albanés, el de raigambre castellana para el estrictamente albanés... y otras extrañas combinaciones. Desde luego, este recurso no resuelve la dificultades en la mayor parte de los casos, con lo que, nuevamente, me encuentro en el terreno del eclecticismo, alejándome de la literalidad y buscando por otros procedimientos el medio de dar en español las cargas y matices del original.

Por otra parte, si bien la mayoría de los autores albaneses contemporáneos utilizan desde hace tiempo la lengua literaria unificada —unificación finalizada en la década de los 60 de este siglo no sin fricciones y violencia—, los dos principales dialectos del albanés, el *gegë* y el *toskë*, que se reparten a grandes rasgos el norte y el sur del país respectivamente, habían conocido ya antes de dicho proceso de normalización desarrollos literarios específicos —vinculados también éstos a factores culturales y étnico-religiosos divergentes—, a partir de rasgos diferenciados relativos a la evolución fonética pero también estructural que afectan incluso a las conjugaciones verbales. En los últimos años, ciertos escritores han retornado a la utilización literaria de estos dialectos, pero, de todos modos, el fenómeno se deja notar también en los textos de quienes utilizan la lengua normalizada, pues recurren ocasionalmente a los usos dialectales al objeto de subrayar la procedencia de un persona, un objeto, una constumbre o una idea, con lo que se añade un nuevo problema a la traducción.

Antes mencioné como un rasgo peculiar a tener en cuenta a la hora de traducir, el hecho de que la literatura albanesa propiamente dicha sea de reciente gestación. La lengua culta es, en efecto, joven y su desarrollo digamos urbano se produce sobre todo a partir de mediados de este siglo. (En este punto, mi autor casi exclusivo, Ismail Kadare, ha introducido notables aportaciones y desarrollos, difícilmente reconocibles en la versión española de sus obras, por cuanto para nosotros ese lenguaje no tiene nada de novedoso.) Pero el lenguaje oral es riquísimo, abundante, variado, dotado de grandes recursos expresivos, conciso y cargado de matices. Su traslado directo a la literatura es frecuente por las posibilidades que ofrece y, al menos en lo que se refiere al autor que yo he traducido casi exclusivamente hasta ahora, contrasta vigorosamente con esa otra lengua «culta» a la que me refería. Lograr esos contrastes en la traducción es otro de los retos con los que me encuentro.

Pero las mayores dificultades traslaticias proceden de otro hecho cuyas dimensiones desbordan el terreno de la lengua. Me refiero a la enorme distancia cultural existente entre la sociedad albanesa y la nuestra, que el escaso interés por el mundo balcánico que mostramos no hace sino resaltar. A partir de la división del Imperio romano, pero sobre todo de la invasión turca y su consolidación hasta comienzos del siglo XX, religiones, estructuras sociales, costumbres y hasta sensibilidades siguen desarrollos divergentes que determinan mentalidades también distintas. Ello da como resultado la existencia de objetos y, sobre todo, de conceptos privativos de aquel universo, los términos para designar los cuales no encuentran correspondientes precisos en español. Todo acaba teniendo solución, qué duda cabe, ahí están las traducciones, pero el catálogo de dificultades que se fundan en las diferencias a las que aludo es ciertamente amplio. Comenzando por toda la terminología producto de la influencia religiosa vinculada al Islam, sin olvidar las relaciones de parentesco, el código consuetudinario, diversos fenómenos característicos de la organización social

y otros ofrecen no pocos ejemplos de esos términos refractarios, existentes en todas las lenguas, que constantemente se burlan de los esfuerzos del traductor.

Pondré un par de ejemplos. El término *besa* designa en albanés un conjunto de normas consuetudinarias que comprenden la palabra de honor, la ley, la obligaciones de hospitalidad, de venganza, de protección. Según el contexto en que se la halle, puede aludir tanto a ese conjunto de normas como a cada uno de los conceptos por separado. Y si en el lenguaje habitual ciudadano su contenido semántico se reduce a la palabra de honor o al honor mismo, siempre conservando, sin embargo, resonancias de aquel sistema de reglamentación de la vida social primitiva, en otro momento y lugar, por ejemplo en un caso de venganza de sangre, puede aludir estrictamente a cierto período de tregua de mayor o menor duración que concede obligatoriamente al homicida el clan de la víctima en el caso de que aquél lo solicite. Así, en varias de las novelas que he traducido donde el término aparece con intensidad, he debido recurrir a la siempre maldita nota a pie de página, para dejar la palabra albanesa en cursiva. Por lo que se refiere a las relaciones de parentesco, los conceptos se encuentran determinados aún por la relativa proximidad temporal de las relaciones de clan. Los tíos y tías maternos o paternos reciben denominaciones distintas; existen asimismo conceptos diferenciados para caracterizar a las personas en función de su edad y posición en la familia, tal como la condición de acompañante del novio en el acto de recoger a la novia el día de la boda constituye una categoría en sí misma, designada por un término preciso... En este terreno, la vida urbana más moderna ha ido adoptando términos de procedencia francesa o italiana, con objeto de poder nombrar relaciones de parentesco distintas ya de las que aún sobreviven en el campo.

Bien, ahora que estaba empezando a meterme en harina, resulta que estoy obligado a detenerme. Las dimensiones de esta intervención no dan para más y su propósito no era, no podía ser, más que ofrecer una visión rápida y necesariamente anecdótica de un tema que, como puede verse, da para bastante más. Reservaré también para otra ocasión, ya que esto de los premios trae consigo, según parece, comparecer de vez en cuando ante ciertos auditorios, el relato de mis singulares experiencias con ese autor, mezcla de realidad objetiva y ficción interesada según algunos de mis amigos, cuyas novelas vengo reinventando en español durante los últimos años y contribuyen a mi supervivencia física, que no todo va a ser espiritual en esto del tráfico con las palabras.

Confío en no haberles resultado particularmente fatigoso con mis divagaciones sobre materia tan exótica. En todo caso la culpa deberá compartirla conmigo quien tan arriesgadamente me invitó a subir a este estrado. Para mí ha resultado al fin un placer compartir con todos ustedes algunas de mis experiencias traductiles. Solo me resta desearles que el resto de los ponentes que han de hablarles en los próximos días den pruebas de más piadosos sentimientos que los míos y les sometan a menores crueldades.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Ramón SÁNCHEZ LIZARRALDE. Las experiencias de un traductor de l...
Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes